

EL ECLIPSE DE LA VERDAD

Angel Rodríguez-Bachiller (†)
Profesor de Filosofía. I.B. Madrid

I. FILOSOFÍA Y VIDA

Es histórica la existencia de una o varias filosofías. El espíritu que existe en las escuelas modernas lucha en favor de una de ellas. Aquí, como en el orden social hay lucha de clases de filosofía. Debe ser una lucha sin imposiciones. En Grecia cada filósofo exponía libremente sus ideas, si bien a veces les costaba caro. Con frecuencia eran perseguidos por impiedad. Hoy los dioses griegos y romanos, causantes de aquella impiedad de los filósofos avanzados, no tiene ninguna realidad. No hay cosa peor en la defensa de una ideología que el fanatismo o la anarquía, que son los extremos entre los cuales circulan o giran los problemas del pensamiento.

El ambiente filosófico antiguo se realizaba en derredor de la originalidad intelectual: Grecia por ejemplo. La Edad Media no fue más que su restauración funcional. Hoy volvemos a la originalidad que, según Balmes,¹ debía poseer el filósofo. Cuando se nos proponen problemas nunca planteados ni solucionados por los antiguos en su sentido formal, es preciso reconocer su valor en la mentalidad moderna. La «intuición» de Bergson adquiere hoy solamente su importancia capital. La Fenomenología de Husserl y Heidegger tienen únicamente en nuestros días su real trascendencia. Las teorías de la vida y de la religión de Ortega y Unamuno respectivamente cumplen su destino científico sólo en nuestra época. Ni más ni menos que los problemas sociales, políticos y económicos actuales. La ciencia debe disponer de filósofos que trabajen en conjunto en pro del ambiente filosófico en que viven. Cultivar ese ambiente, desarrollarlo, superarlo, pero no retrotraerlo ni menos destruirlo, es en lo que debe consistir el verdadero espíritu de un ambiente de libertad filosófica. Abogamos porque en España se fomente ese espíritu, el cual en el fondo es el espíritu de nuestra historia.

Pero la filosofía no es tan solo idealista, es también real. Para ya poner un ejemplo, recordamos la trascendencia de la filosofía de Hegel en «El Capital» de Marx. El realismo de

1 Balmes, J., *Obras Completas*, Ed. BAC, Madrid, 1950, t. VIII, pp. 226-241.

la filosofía está simbolizado también en otros, como James, Freud y Lombroso. La fenomenología expuesta por filósofos alemanes expresa igualmente el realismo de la vida. El carácter existencial de la teoría de Heidegger predomina, por consiguiente, sobre la tendencia yoísta de Husserl.

Estamos convencidos de la necesidad de una metafísica empírica, como preparación para una metafísica pura. Nuestra filosofía y, por tanto, nuestra metafísica, es necesaria y absolutamente empírica, esto es, a base de una experiencia vivida. Así es como podrá resultar una filosofía vital, fundada sobre los problemas de la vida. La vida siempre es la misma; si bien los problemas de la vida sean siempre distintos. Plantear y tentar de resolverlos, es en lo que ha de consistir la filosofía.

Reusulta, pues, que así como cada época tuvo sus propias preocupaciones e inquietudes naturales en torno a la vida, así cada tiempo tiene problemas que resolver. Ahora bien, filosofía y vida se influyen mutuamente en distinto sentido causal. La vida estática de los siglos pasados influyó en el predominio especulativo de la ciencia, de las teorías, de los inventos teóricos más que prácticos. En cambio, la vida dinámica del período moderno ha influido en el carácter práctico que revisten los problemas actuales. La vida es la filosofía, y los problemas filosóficos son los problemas de la vida.

En efecto, dos cosas hay de las cuales nunca ha podido ni podrá el hombre prescindir. Esas dos cosas son el conocimiento y la acción, la teoría y la práctica, las ideas y la conducta. Ellas constituyen el problema de la verdad y el problema de la vida. En torno a estos dos problemas gira toda la vida humana. Se trata de pensar y de convivir como seres de una misma especie, la humana.

El problema radical se plantea del siguiente modo: ¿Cuál es la verdad y dónde está? ¿Qué clase de vida debe uno proponerse y quién la enseña?. La verdad es una y múltiple; la vida es también una y varia. A una verdad y a una vida tendemos todos los humanos; pero nos hemos empeñado en tener cada cual nuestra verdad y nuestra vida. Ello en parte es cierto, porque cada uno está determinado por una multitud de circunstancias que estimulan a ser una cosa u otra, a pensar de un modo o de otro, a vivir de una manera o de otra. Sin embargo, como que desde que el mundo es mundo el hombre piensa y vive en sociedad, es imprescindible para él una *unificación* de la verdad y de la vida. El mismo lenguaje parece exigir esa unificación, porque de lo contrario no nos entenderíamos, y preciso es entendernos y comunicarnos, pensar y convivir a base de palabras, ideas, acciones y cosas que para todos tengan un mismo valor, un idéntico sentido. Es imposible, pues, entenderse donde no existe algo común, algo en que todos convengan, un lenguaje.

En las ciencias, en la filosofía, en las artes discuten los sabios, pero rara vez llegan a sobrepasarse. Cada uno defiende su teoría, su sistema, pero de ahí no pasa. Y no obstante, se solventan «intereses intelectuales» que son como fermento del progreso. ¿Por qué —preguntamos— en el problema de la vida las contradicciones revisten caracteres a veces trágicos? ¿Por qué los intereses de la vida chocan entre sí de tan funesto modo? Cada hombre quiere por todos los medios el triunfo de lo suyo y para conseguirlo se hace, o lobo (Plauto) o dios (Bergson);

o un hombre excesivamente rígido o excesivamente blando; o déspota o adulator. ¿Afirmaremos por ello que el problema de la verdad y el de la vida son insolubles? No; todo consiste en un acto de reflexión, en un acto racional, en dejarse guiar por un principio unificador que está al alcance de la inmensa mayoría, si no de todos; en conducirse en conformidad con ese «minimum» de convivencia que puede y debe poner todo hombre que vive en relación social. Ese «minimum» lo proporciona el propio control. Radica dentro de nosotros mismos. Respeto mutuo, disciplina, orden, moral, etc., todo esto está en nosotros mismos; nosotros mismos movemos los resortes. A veces en las luchas humanas hay un tercero, que hace de arbitraje. La conciencia puede y debe hacer de árbitro entre el pensamiento y la acción. He aquí una «verdad suprema» en la que todos los seres humanos conviven. He aquí un «principio de la vida», capaz de unificar a la humanidad.

II. LA IMPORTANCIA DEL PASADO

Hay quienes afirman que es preciso prescindir del pasado, porque lo pasado pasado está. No se dan cuenta de que nosotros vivimos del pasado y por el pasado; los pueblos también, asimismo la humanidad. Aquellos tales hablan de evolución, ensalzan el progreso y no se percatan que sin pasado no hay evolución que valga. El «inconsciente colectivo» de Jung explica cómo el pasado se conserva en nosotros, influye en nuestro obrar y nos empuja hacia adelante.²

Cuanto mejor se conoce el pasado, mejor se conocerá el presente y el futuro. De ahí que los grandes transformadores del mundo hayan sido expertos en el conocimiento de la historia, partícipes de un razonamiento «sintuitivo».³ El pasado es semilla del porvenir. Ya antes de nacer está marcada la pubertad, la edad madura y la vejez —Bergson⁴—, como en la semilla del árbol están virtualmente contenidos el tronco, las ramas y los frutos.

Hay quien se cree tan innovador en la cultura que piensa que hay que relegar al olvido a los sabios que le precedieron. ¡Fuera Averroes, fuera Aristóteles, fuera Santo Tomás, fuera Kant, fuera Newton! Y todo porque la ciencia ha progresado y lo antiguo es —dicen— inservible. No caen en la cuenta que de no haber existido aquellos, no habrían éstos descubierto nada. No reconocen que nosotros —los modernos— progresamos montados sobre los hombros de los antepasados.

A pesar de los cambios, de la evolución, hoy conservas *algo* de tu pasado, no se ha borrado *todo*, ni ha desaparecido en tu espíritu. Tienes en tu conciencia y en tu memoria un fondo, un lastre, «poso» lo llamó Bergson,⁵ del que no te es posible privarte. El pasado te persigue, porque está presente a tu mente, aunque no quieras; nos ha seguido como la sombra al cuerpo, que se

2 Jung, C. G., *Los complejos y el inconsciente*, Alianza, Madrid, 1970, p. 389 ss.

3 Rodríguez-Bachiller, A., *Teoría de la Sintuición*, Librería Dossat, Madrid, 1955.

4 Bergson, H., *L'Evolution, créatrice*, PUF, Paris, 1948, cap. I, p. 5 ss.

5 Bergson, H., *Matière et mémoire*, cap. II y III.

desliza con el tiempo, como espacios superpuestos.⁶ Hofmannsthal decía que «cuando una época cree que no vale la pena de ocuparse del *pasado*, acaba por convertirse en presa de la *desesperación*». ¿Por qué? Porque en el pasado *radica* la esperanza del futuro.

Lo que sí se puede hacer es reformar lo pasado, acoplarlo al presente, retocarlo como se retoca un cuadro, limar sus asperezas, descubrir en él lo que no llegaron a ver los coetáneos. Pues hay quien no ve la virtualidad y trascendencia que tiene una idea, un invento, un cálculo, una fórmula del pasado. Para conseguir que éste conserve su valor y eficacia se ha de tener una gran amplitud de criterio.

Nuestra vida es un film que se va desarrollando a través de los años, y cada «vista» es sólo un fragmento de ella, imposible de romper, como es imposible romper el eslabón de una cadena.

Si dejamos a Aristóteles, a Platón, a Santo Tomás, a Descartes, a todos los que nos precedieron, por anticuados, por fuera de nuestro tiempo, recordemos la frase de Leibniz,⁷ citada por Balmes,⁸ sobre la escolástica, tan denigrada, que se halla en la carta 3ª a Remond de Montmort y que reza así: «*Aurum latere in stercore illo scholastico barbarico*».⁹ Es decir, algunas verdades dijeron. La ciencia, el arte, la cultura no empezó con nosotros. Hay en el pasado bueno y malo. Así ha sido, es y será siempre. Los que quieren borrar el pasado merecen con justa razón el sobrenombre de «iconoclastas» de la historia.

Y si no queremos mirar hacia atrás ni hacia adelante, por creer que todo es presente, consideremos el sentido de protesta que existe en muchos pensadores y filósofos modernos, la dosis de extravagancia que contagia a muchos de los así llamados. No consiste todo en acomodarse totalmente al momento actual en que vivimos. El universo de hoy es ciertamente el mismo que hace miles de años, más o menos evolucionado. De ahí las frases «*nihil sub sole novum*» y «*totum sub sole novum*». Del mismo modo, los hombres de hoy son esencialmente los mismos de hace siglos, con sus cambios consiguientes. El cambio, el avance o progreso en el que nos hallamos inmersos, es en verdad distinto. Los inventos nos han regalado una vida material mejor, no hay duda. Pero, se pregunta: ¿Cuál es la función de la razón, del espíritu, del ambiente tranquilo que se necesita para intuir, para razonar, para relacionar?

El hombre necesita «concentrarse». Si le tiran hacia fuera los hilos del mundo exterior, se convierte en extrovertido, en extravagante. Predomina entonces lo mecánico, lo irracional. Necesitamos, pues, la soledad, el silencio para pensar, para situarnos en el ambiente asequible al sabio, que abarca todas las relaciones del tiempo y de la eternidad, porque el hombre —en frase de Leibniz— es tiempo y eternidad,¹⁰ en cuanto al alma. Ahora bien, si todo es presente, ¿por qué desechar a los filósofos de siglos pasados, si son también presentes en la mente del

6 Rodríguez-Bachiller, A, «Sobre el concepto de tiempo en la filosofía» en *Revista de Filosofía*, V, 1982, pp. 63-80.

7 Leibniz, G. W., *Pensamientos*, NBF, 1934, vol. LXXII, p. 160 ss.

8 Balmes, J., *Obras Completas*, vol. II (Filosofía fundamental), BAC, Madrid, 1963, p. 169.

9 «En el lenguaje bárbaro de los escolásticos hay oculto mucho oro».

10 Lacordaire, D.-D., *Conférences de Notre-Dame de Paris*, t. I., Louvain, 1845.

sabio? Cada cual ha interpretado a su modo la realidad del mundo. ¿Cómo se entenderían hoy Platón y Marcuse? ¿Cuál sería el diálogo entre Plotino y Sartre? ¿Se entenderían Parménides y Bergson? ¿Llevaría ventaja Kierkegaard sobre San Agustín?

Pero no se trata de concordias o discordias filosóficas. Se ventila el verdadero «quid» filosófico. Habla consigo mismo el introvertido, aquel que se concentra, no absorbiéndose en el quietismo, sino viendo y cotejando las «relaciones», la primera y fundamental el Yo y el no-Yo. A ambas aplicamos la realidad. Y ¿qué es la realidad? Es ser, esencia, movimiento, causa, fin y algo más. Esto han cuidado de descifrar los filósofos. Todos. Pero, vengamos a lo que algunos quieren, pues miran el pasado distinto del presente; aborrecen aquel para situarse en éste. ¿Es lógico? Tal vez creen que la verdad es patrimonio sólo del filósofo actual. El filósofo no puede prescindir de lo histórico, porque el hombre es un «quehacer» —al decir de Ortega¹¹—, de hoy, también de ayer y lo es del mañana.

Así pues, «extraña filosofía» es aquella que se aparta de la realidad, donde late la huella de la deidad, que es camino para llegar a ese Ser que los antiguos y muchos modernos admiten, para que la vida humana tenga sentido, sentido que ha ido desapareciendo en nuestras generaciones, y de ahí la tendencia a la destrucción y al caos. «Extraña filosofía», la que no distingue entre la materia y el espíritu, es más, prescinde de éste. Y es que lo primero sin lo segundo cae por su propio peso, por su propia razón de ser, en la «nada», de donde tuvo su primer origen. «Extraña filosofía» la que se enraíza en un «nunc» presente, sí, pero un presente fútil, deleznable y pasajero, basado en el movimiento, no en el ser, como es el «nunc» presente de la eternidad. «Extraña filosofía», en fin, tocada de ese existencialismo que rodea la esperanza en una «nada» suicida, con una óptica inconsciente de lucha apocalíptica, en la que aparece el hombre primitivo, el mono desnudo, y desaparece el llamado por el filósofo Bergson «barniz de la civilización».

¡Qué lamentable es vivir en un tiempo de tanto progreso, pero que nos lleva cuesta abajo, cual «momentum catastrophicum», que cacarea libertad, igualdad y fraternidad, cuando lo que hace y defiende es la esclavitud de la máquina y la desigualdad capitalista mezclada con una gran dosis de egoísmo, avaricia y discordia!

¿Qué filosofía puede salir de tal situación, cerrado el horizonte de negros hongos, de pájaros en acecho, cargados de destrucción nuclear? Ni más ni menos que una «filosofía extraña», ajena y muy ajena a la naturaleza, que nada ayuda para nuestra vida, como quería Séneca, ni para nuestra felicidad, una filosofía «pesimista», porque envuelta en oscuros nubarrones. Defendimos puntos de vista «optimistas» y «originales» en multitud de trabajos desde que se publicaron los primeros en las Actas de congresos internacionales y en la prensa española y extranjera. Destacamos nuestra «teoría de la sintuición»,¹² nuestro concepto de tiempo y la relación de co-existencia entre nuestros pasos (huellas) en el tiempo y la eternidad.¹³

11 Ortega y Gasset, J., *Obras Completas*, t. VI, Madrid, 1961, p. 32 ss..

12 Cfr. nota 3.

13 Rodríguez-Bachiller, A., «El tiempo, la sintuición y la co-existencia», 1980.

III. LA CRISIS DEL TOMISMO

Ni toda la verdad está contenida en un sistema determinado, ni éste, por consiguiente, es ajeno a la verdad. De donde se deduce que ni toda la verdad está encerrada en el sistema tomista, ni éste, por tanto, es ajeno a la verdad.

Es curioso que los sistemas tengan su momento de apogeo y su decadencia. Y es natural. La verdad, no obstante, está siempre en apogeo, nunca en decadencia. Que el sistema aristotélico haya sufrido la suerte de todo sistema, nada tiene de particular. Pero que las «verdades» que sentó Aristóteles pudieran tener decadencia, no tiene sentido. Dígase lo mismo del sistema platónico o kantiano y de las verdades que afirmaron Platón y Kant. La duda radicaría en admitir o no una verdad.

El conjunto de verdades que representa el tomismo no son verdades porque son tomistas. La verdad hay que verla «en sí misma», no con el vestido contingente del autor, del siglo o de la nación.

Para Tomás de Aquino, Aristóteles fue «el filósofo» por antonomasia, y Averroes «el comentador» de Aristóteles por excelencia. Escribir sobre Aristóteles en el siglo XX no es un anacronismo. ¿Por qué? En primer lugar, porque casi todos han oído hablar de él, aunque no conozcan a fondo ni su vida ni su doctrina. En segundo lugar, porque este filósofo ha influido mucho en el mundo de la cultura, prescindiendo de si sus ideas son todas admisibles o no. Hubo, en efecto, varias y diversas corrientes aristotélicas en Europa, la que arranca de Alejandro de Afrodisia, la que parte de los árabes y judíos medievales y la que tiene su origen en los comentarios que hicieron Alberto Magno y Tomás de Aquino en el siglo XIII, amén de alguna que otra en nuestra época moderna.

Se discute mucho sobre el grado de influencia platónica y aristotélica en Tomás de Aquino. A nuestro juicio, predomina la segunda, porque ésta se asienta en el sentido común de la humanidad, base de la verdadera y legítima filosofía. La metafísica aristotélica es eminentemente realista. Se podrá interpretar, por ejemplo, su teoría sobre la sustancia o sobre la esencia, pero sin priclitlar ningún concepto sustancial implícito en la revelación.

Nadie que juzgue rectamente pensará que todos los sistemas filosóficos son totalmente falsos. En unos habrá una dosis de apreciación, fundada o no fundada. Y la apreciación es relativa, aunque la verdad sea de suyo absoluta. Ante una bola de billar no cabe el perspectivismo o punto de vista (posición orteguiana) en cuanto a la redondez; cabría, sí, en cuanto a su situación en el tablero. A la verdad le ocurre lo propio. Podrá una cosa ser extravagante, por lo insólito, por no encajar en las costumbres o modos de ser de un momento definido o de un pas determinado, en sí siempre será una verdad, dicutable, pero al fin y al cabo verdad. No es error la equiparación agustiniana de la verdad con la realidad. «Verdadero es aquello que es».

Ahora bien, ¿qué sistema filosófico expresa mayor número de verdades? ¿Cuál acierta más con la realidad? A nuestro juicio, todos los sistemas se van superando, y —como dijimos al principio— más ve el que va montado sobre los hombros de otro. Las preguntas cruciales han sido casi siempre las mismas en la historia filosófica. Pero, ¿qué respuestas satisfacen? A uno

le satisfará más Santo Tomás; a otro, Escoto; a otro, Suárez, a otro, Kant; a éste, Heidegger; a aquél, Sartre. Hay gustos para todos. Lo que hará falta es que el «gusto» no sea pasional y parcial, sino racional e imparcial. Curioso será saber si un escritor prefiere a Ockham porque fue nominalista, cosa contagiosa en ciertos filósofos modernos.

Negar el valor de la razón, del principio de contradicción, del concepto de universal, por ejemplo, equivale a negar la filosofía, en cuyos pilares ha de fundarse. El tomismo está fundado en estos pilares. Al negarlos se corre el peligro de procurar el «eclipse de la verdad».

Las verdades fundamentales contenidas en el tomismo no podrán nunca entrar en crisis. Se tendrá afecto a Suárez por ser español, se tratará casi de bautizar a Séneca por la misma razón, pero el verdadero filósofo, el amante de la sabiduría «ama a la verdad más que a Platón», y no debe fijarse en los órganos transmisores, Pablo, Apolo o Cefas, sino en la escueta y fría verdad, que es extraña objetivamente al que la enseña, esto es, impersonal. Tampoco Bergson, si formuló verdades, fue porque éstas fuesen «suyas», sino porque son de todos los que aman sinceramente el saber.

Ni hemos jurado nunca «in verba magistri», ni hicimos juramento por defender la doctrina de Santo Tomás. Toda filosofía humana es limitada. Bien dijo Lacordaire que fue un faro, no un límite. Lo mismo diremos de todos los demás filósofos. Ahora bien, hallamos en la doctrina tomista una cantera de verdades comunes a todo pensar humano, sea europeo, americano, chino o africano. Opinamos que en la medida en que el tomismo entra en crisis, en esa misma medida comienza el eclipse de la verdad.